

# Editorial

Stendhal imagina éste un gesto particular: “Fue en Italia, en el siglo diecisiete, donde una aristócrata dijo cogiendo un espejo con delectación al caer la tarde de un día muy caluroso: qué pena que esto no sea pecado”. ¡Pero lo era!, se llama vanidad. Este pecado, que todos ejercemos de tarde en tarde, tiene grandes cronistas entre los escritores más importantes de la cultura occidental, cuyas observaciones van desde la poesía y las lamentaciones bíblicas, hasta los más esforzados análisis sobre cuáles son las pulsiones que inflaman nuestra vanidad. No es tanto por el pecado mismo, acaso uno de los más tentadores y que bien puede ejercerse a cualquier edad, sino por la profusión y la excelencia de sus comentarios por lo que hemos elegido este tema para nuestro número diez de *Inundación Castálida*.

Así pues, en **Tinta en alas de papel**, nuestro dossier central, abrimos con el texto fundacional sobre el tema: el Eclesiastés. Hay que decir, a propósito de este texto que la tradición atribuye a Salomón, que *vanidad* no es aquí el orgullo o la soberbia, sino el vacío, el soplo, el aire que hincha nuestros días y que, al paso de los años, se desvanece o desaparece. En

Adam Smith, filósofo y economista inglés, el orgullo forma parte de la economía de las pasiones, y, por tanto, más que un mero efecto, es una condición en el orden y desorden humano. Para Madame de Staël, una mujer perseguida por sus ideas, ni más ni menos que por Napoleón, la vanidad es una pasión violenta y su poder altamente peligroso; probablemente estaba pensando en el afán de gloria y conquista del propio Napoleón. Para el escritor y periodista Eduardo Limón, la vanidad está íntimamente relacionada con la muerte, por ello nos habla del género pictórico llamado *Vanitas* que nos recuerda, como Salomón, que todo —riquezas, amores, triunfos— tarde o temprano se convierte en humo. Y, precisamente, es otro autor mexicano, Nicolás Alvarado, quien nos recuerda cuánto de vanidad hay en el amor, en el hecho insólito de sentirse amado y necesitado. El gran poeta colombiano Darío Jaramillo nos recuerda la relación entre vanidad y vacío; pero, ay, ¿quién no está lleno de su propio vacío? Julia Santibáñez sabe reírse de la vanidad y nos entrega un texto sobre los roles familiares que permiten y fomentan la vanidad. Y antes de que la risa disuelva todo compromiso, Leopoldo





Lezama vuelve al ataque y nos dice que vanidad es apenas el adorno de nuestra muerte. El filósofo italiano Mario Andrea Rigoni detalla la “metafísica de la vanidad” y da un veloz paseo desde Salomón hasta Sor Juana recorriendo las delgadas máscaras de la vanidad. Pero no sólo hay vanidad en nuestros gestos y en nuestros actos, Montaigne nos recuerda la vanidad en las palabras, aquellas que sólo disfrazan y adornan. Nuestro compañero Pedro Paunero sigue esa misma línea que descifra las palabras, mientras que Fernando Rivera Calderón también hace de la vanidad *ridículo* y nos recuerda las canciones que exaltaron la misma.

Nuestro **Neptuno Alegórico**, está de lujo, dicho sea sin vanidad, porque incluye un cuento del mejor narrador venezolano vivo: “El sur” de Ednodio Quintero. Luego una castalia sobre poesía: un poema de Julián Herbert; un ensayo sobre la importancia de la ciudad de México en la obra de Ramón López Velarde, y un homenaje que consta de un ensayo y una entrevista, a 20 años de la muerte de Jaime Sabines.

En **Diversa de mí misma**, Mauricio Rafful compara dos visiones biográficas mexicanas sobre el

Che Guevara y Alfredo Sánchez Gutiérrez recorre ese continente llamado Chico Buarque. También celebramos, a través de los textos de Ernesto Herrera y Arturo G. Aldama, respectivamente, los aniversarios de *Alien, el octavo pasajero* y el disco más emblemático de The Cure, *Disintegration*. En las reseñas que se están convirtiendo en necesarias para cerrar nuestro número, Lauri García Dueñas hace un encomio de sobre la responsabilidad del poeta; Jonathan Minila se asoma a la nueva obra de Antonio Ramos Revillas, y Sergio Téllez Pon nos recuerda que Antonieta Rivas Mercado no sólo fue mecenas, sino también una buena escritora.

Los invitamos pues, a que recorran las páginas de éste, nuestro nuevo número, con ilustraciones de Ander Azpiri y Roberto Rébora.

